

car los esfuerzos internacionales por concretar esquemas permanentes de diálogo que permitan reducir la creciente brecha entre ricos y pobres.

Las naciones del Norte han logrado disminuir progresivamente sus diferencias ideológicas entre sí mismas, y las transpartan, actualmente, a los países

del Sur. Los grandes bloques económicos ya dejaron sus peleas mutuas para disputar su poderío en pobres naciones del mundo en desarrollo, donde esas pugnas adquieren ribetes de inútiles carnicerías humanas.

El diálogo es difícil, pero es imperativo que los responsables de los países

busquen nuevos canales de comunicación para hacer posible esa relación que impida el desequilibrio mundial.

El diálogo actual es difícil, pero, pese a ello, sigue siendo, aunque de forma magra, una garantía para la inestable paz mundial.

El Espíritu y Satán Jesús y los fariseos Curas, jefes y cafetaleros

PEDRO TRIGO

JESUS Y LOS ENDEMONIADOS

La actividad exorcista de Jesús (curaba endemoniados expulsando a los demonios) y la acusación de estar él mismo endemoniado (su poder sobre los demonios se debería a que en él actuaba Belcebú, el Príncipe de los demonios) parecen dos datos suficientemente seguros del Jesús histórico.

Las primeras comunidades cristianas retuvieron estos datos y los juzgaron muy importantes. De ahí la amplia cabida que tienen en los evangelios, tanto la reseña de curaciones concretas de endemoniados, como su mención infaltable en los sumarios de la actividad de Jesús; tanto que el Pedro lucano puede sintetizar la vida de Jesús diciendo: "Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él" (Hech. 10,38). De ahí que los discípulos comprendan que el envío de Jesús a evangelizar, ya en la etapa prepaschal como después de la resurrección, tenga como requisito la "autoridad sobre toda clase de demonios" (Lc. 9,1); por eso la primera señal de que el evangelio del Reino es un anuncio eficaz es que "echarán demonios en mi nombre" (Mc. 16, 17).

Lo dicho aclara por qué la disputa con los escribas y fariseos acerca del espíritu que mueve a Jesús constituye un verdadero eje en los sinópticos, y con una terminología algo diversa también en San Juan.

Para ilustrar el tema del endemoniado el caso más desarrollado en los evangelios y más pintoresco y arcaico es el de la expulsión de "Legión" de un hombre de la comarca semipagana de

Gerasa (Mc. 5,1-20, y par.). El endemoniado vivía apartado de la comunidad humana y atormentándose a sí mismo. Jesús se enfrenta no con el hombre sino con "Legión", el demonio que lo posee. Su expulsión significa la restitución del hombre a su humanidad: sentado, vestido, tranquilo, en su sano juicio. La liberación del hombre tiene un costo social. Los de aquella región no están dispuestos a pagarlo y le instan a Jesús a que se vaya de allí. El hombre en su sano juicio tampoco puede restituirse a esa sociedad inhumana y pide a Jesús irse en su compañía. Pero Jesús le envía a los suyos para propagar entre ellos la misericordia de Dios que se manifestó en él.

EL DEMONIO Y LA POSESION

Hoy muchas personas creyentes, deseosas de seguir a Jesús, no saben a qué atenerse respecto de esta actividad suya de expulsar demonios, porque tampoco saben qué pensar de la posesión demoníaca y del mismo demonio o demonios.

Se trata ante todo de la existencia del mal. La propensión de las distintas culturas, incluida la nuestra, es la de banalizar el mal. Y la causa de esta actitud estriba en el oscuro presentimiento de su presencia ineludible como Necesidad inapelable o como Acaso o como Fatalidad. Nuestra sociedad, aunque superficialmente parezca lo contrario, naturaliza el mal, lo considera absoluto, lo diviniza (1). El cristianismo, al referirse al demonio, trata de "desenmascarar el brillo aparentemente fascinador del mal" (2). Confiesa que el mal es fundamentalmente producto del hombre, el mal viene después. Dios creó al hombre por

amor; por eso "al principio", es decir originariamente el hombre es bueno, aunque el mal lo haya penetrado de un modo muy radical. Sin embargo a veces "la realidad que podemos experimentar dentro del mundo muestra una profundidad y un poder (aunque creados) que el hombre no puede dominar" (l.c.). Estos poderes deshumanizadores, inhumanos, los llamamos a veces demoníacos. "Cabe perfectamente pensar que tales poderes personales no son espíritus (a manera de duendes) que se encuentran 'en' el mundo, sino que son precisamente los (regionales) 'poderes y fuerzas' del mundo y de su historia bajo la modalidad del no a Dios, de la tentación del hombre y de la inversión del mundo" (o.c. 145).

De ahí que el fenómeno observado de posesión es "ya una síntesis de la influencia demoníaca, por un lado, y del mundo conceptual y representativo de un individuo o de una época..." por otro (3).

Esto quiere decir que la presencia de este mal a veces se experimenta y conceptualiza de otro modo, en lo que esta experiencia tiene de construcción del sujeto a través de su horizonte cultural; pero significa también que la experiencia como tal es permanente; y así puede entenderse la posesión como "la expresión extraordinaria de un hecho 'religioso' que afecta a todos los hombres" (l.c.). Esta expresión extraordinaria tendría que ver tanto con la constitución del sujeto como con las condiciones objetivas. Refiriéndose sobre todo a ellas asienta un conocido exegeta: "En un mundo que suele traducir sus problemas en lenguaje mítico, las posesiones diabólicas indican probablemente con-

fictos considerados insolubles" (4). De ahí que desde nuestra época —prosigue— "hay que ver en ellos la traducción de un estado de opresión sin salida aparente" (o.c. 321).

EXPULSION DE DEMONIOS Y REINO DE DIOS

Jesús interpreta su tarea de expulsar demonios de un modo escatológico, es decir como la irrupción del reino de Dios que es salvación del hombre: "Jesús no vino a descubrir la naturaleza secreta del mal, demasiado oscura para ser definible, sino a revelar que Dios se ocupa de nuestra confrontación con ese mal, sea el que fuere" (5).

Esa confrontación con el mal tiene ante todo lugar en el propio interior de Jesús. De ahí que los evangelistas pongan las tentaciones al comienzo de su ministerio. Esta confrontación no puede ser entendida en el sentido de que en Jesús hubiera algo de mal. Pero cobra todo su sentido si la entendemos como la victoria sobre "el brillo aparentemente fascinador del mal". Como dice el exegeta Grelot, "la escena de la tentación (Mc. 4; Lc. 4) es un enfrentamiento a muerte entre él y el mal, que se presenta bajo su forma seductora: Jesús, triunfando sobre el mal, muestra que Dios reina en su propio corazón" (o.c. 73). Este hombre, dueño de su propio corazón, está en condiciones de enfrentar la otra cara del mal: no el mal como seducción sino el mal como poder opresivo. Por eso, sigue Grelot: "Su encuentro con los enfermos y con todos los que se consideran afligidos por los demonios prolonga en otro lado ese enfrentamiento entre él y el mal: su victoria muestra entonces que el reino de Dios ha entrado en escena entre los hombres" (id.).

El reino de Dios ha irrumpido entre los hombres cuando un hombre alcanza la plena libertad interior y lucha a muerte con los poderes deshumanizadores que oprimen a los hombres. De este hombre dice Dios: "Tú eres mi Hijo" (Mc. 1,11). A este hombre "El Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras el diablo lo ponía a prueba" (Lc. 4,2). Y, vencedor de la seducción del mal, volvió a Galilea "con la fuerza del Espíritu" (Lc. 4,14) "para poner en libertad a los oprimidos" (Lc. 4,18).

Así pues el Espíritu de Dios es Espíritu de liberación y el Hijo de Dios es el hombre liberado y liberador y el reino de Dios es el reino del hombre vencedor por fin del mal y pleno de vida. Estas equivalencias se basan en la experiencia

de Dios como Vida y dador de Vida: "Dios es el creador y Señor de toda vida. La enfermedad y la muerte que amenazan y destruyen la vida, no pueden proceder directamente de este Dios. Son enemigos de Dios. En ellas actúa el poder destructor de Satán. Por eso dice Jesús de la mujer encorvada que Satán la había atado (Lc. 13, 10-17). Ahora bien, lo que Jesús anuncia es la proximidad del reino de Dios. Ha comenzado ya en



él. El reino de Dios es la creación sanada y salvada" (6). Esta concepción de Dios y su relación con los hombres echa por tierra las acusaciones de horizontalismo y la falsa espiritualización del concepto de salvación. "Eso supuesto —dice Darlap—, en los demonios y en su superación por Jesús lo que se hace visible —pero esto en forma sumamente plástica— es la perdición o salvación de la concreta existencia humana. Estamos lejos de todo espiritualismo" (o.c. 146).

Hacer presente el reino tendría dos facetas: fomentar la vida, sanarla, robustecerla; y luchar contra todo lo que se opone a la vida, contra todo tipo de mal. Respecto de esto último, a que nos venimos refiriendo, habría que distinguir aún entre el mal que el hombre admite en sí o el que activamente comete y el mal que oprime al hombre. Jesús actúa de modo distinto en cada caso, aunque en el fondo sea difícil distinguirlo y no pocas veces en mayor o menor grado se encuentren entrecruzados. Pero de modo esquemático sí puede decirse que Jesús emprende una guerra a muerte contra los poderes que oprimen a los hombres, en tanto que respecto a los pe-

cados "personales" únicamente apela a la libertad de la persona y a ella deja la decisión de convertirse o no. Un ejemplo bien claro sería el episodio, que comentamos, de Gerasa. Así lo analiza agudamente P. Lamarche: "Jesús consigue vencer a los demonios. Pero es más difícil vencer la libertad rebelde de los hombres; aquí fracasan todos los métodos, y los milagros no sirven de nada. No se trata de expulsar a los hombres como a los espíritus impuros, ni de hacerlos desaparecer como se hace desaparecer una enfermedad, ni tampoco de perdonar, pues aquí los hombres rechazan la presencia de Cristo. Por ello la única actitud es someterse, dejarse expulsar. Mediante este gesto, Cristo revela la profundidad de su misión mesiánica y la de su amor humilde y humillado hacia los hombres. Al subrayar en el relato que Jesús es 'el Hijo del Dios altísimo' (5,7) y poner en paralelismo la acción de Jesús con la de Dios (cf. 5, 19 con 5,20), Marcos ha querido indicar tal vez que, a través de la acción del Hijo, se descubre la actitud eterna del Padre, humilde e impotente ante la libertad humana. Para Marcos, el poder de los milagros va unido a la impotencia. No es posible separarlos" (7).

Dios quiere la vida del hombre; pero la quiere humanamente, es decir de modo que sea fruto de una libre decisión humana; por eso Dios no avasalla al hombre. Así como sí avasalla a las fuerzas del mundo y de la historia que oprimen al hombre. Claro que éstas no son ajenas a las personas, pero es posible, y Jesús lo hace sistemáticamente, un doble acercamiento: Jesús declara la guerra total a los escribas y fariseos, a los sacerdotes saduceos y herodianos que como categorías sociales eran poderes opresores del pueblo; y sin embargo acepta cuantos encuentros le proponen éstos como personas y no cesase invitarnos a la conversión.

DISPUTA SOBRE EL PODER DE JESUS

Con lo que llevamos dicho cobra todo su relieve la disputa entre Jesús y los escribas y fariseos acerca del poder que obra en las expulsiones de los demonios y acerca del sentido de las curaciones de los endemoniados. Para los escribas y fariseos "si éste echa a los demonios es con el poder de Belcebú, el jefe de los demonios" (Mt. 12,24). Para Jesús la acusación es absurda: "Pues si Satanás echa a Satanás es que se ha enfrentado consigo mismo; y entonces ¿Cómo podrá mantenerse en pie su reinado?"

(...) En cambio, si yo echo los demonios con el Espíritu de Dios, señal que el reino de Dios les ha llegado a ustedes" (Mt. 12, 26, 28). Y pone una comparación: "¿Cómo podrá uno meterse en casa de un hombre fuerte y llevarse sus bienes, si primero no lo ata? Entonces sí podrá llevarse todo lo de la casa" (Mt. 12, 29). El diablo sería ese hombre fuerte, la personificación de los poderes que tienen oprimidos a los hombres. No se puede liberar a éstos si primero no se ha vencido y reducido, puesto fuera de juego, a los poderes opresores.

"En esta importante discusión se pone claramente de manifiesto la radical separación de los espíritus" (8). Esto en un doble sentido: El Espíritu de Dios y el espíritu del mal, y el Espíritu de Jesús y el espíritu de los fariseos. Jesús y los fariseos serían respectivamente los portadores del Espíritu de Dios y del espíritu del mal. La oposición que se maneja en la discusión es la de los espíritus; la que subyace y finalmente aflora es la de los portadores.

Para distinguir los espíritus Jesús se remite a las obras. La obra del espíritu de Dios es la liberación del hombre y presupone, como hemos visto, quebrar los poderes malignos que oprimen a los hombres. Quien contribuye a destruirlos colabora con Dios: "Los poderes del maligno se dirigen en bloque contra Dios y quien se opone a los mismos se encuentra necesariamente del lado de Dios" (9). Si por un absurdo Satanás actuara contra los poderes opresores, colaboraría con Dios, sería instrumento suyo. Es un absurdo que los poderes opresores luchen contra la opresión; pero si ese absurdo ocurriera no habría que temerlos ya que estarían manejados por Dios, serían instrumentos suyos. ¿Cómo distinguir el Espíritu de Dios del del maligno? Sólo habría un modo de reconocerlo: por sus frutos. Si son liberadores detrás está Dios, si opresores el maligno. Como dice un teólogo latinoamericano, "poco importa quién libera al hombre, si es verdad que el hombre es efectivamente liberado. Porque directa o indirectamente, detrás de toda liberación está Dios" (10).

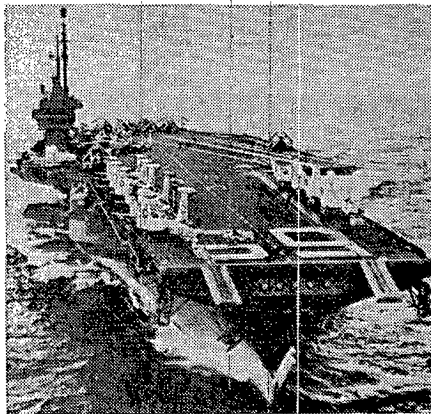
En la discusión sobre los espíritus habría dos parámetros para juzgar. Los fariseos exigen credenciales previas: "para ponerlo a prueba le pidieron una señal que viniera del cielo" (Mc. 8,11). "¿Quién te ha dado la autoridad para actuar así?" (Mc. 11, 27). Jesús se niega sistemáticamente a hacer prodigios, los rechaza como cosa indigna; y se niega sistemáticamente a extraer su legiti-

dad del orden religioso establecido. Una y otra vez responde: "el árbol se conoce por su fruto" (Mt. 12,33); "mis credenciales son las obras que yo hago en nombre de mi Padre" (Jn. 10,25). Esta doble critereología aparece muy clara en el episodio del ciego de nacimiento. Dicen los fariseos al hombre curado: "A nosotros nos consta que ese hombre es un pecador; reconócelo tú./ El contestó:/ -Si es pecador o no, no lo sé; lo único que sé es que yo era ciego y ahora veo (...). Si no procediera de Dios, no podría hacer nada" (Jn. 9, 24, 25, 33).

Para Jesús la critereología de los fariseos es una blasfemia contra el Espíritu Santo, el único pecado imperdonable (Mt. 12, 32). Así lo razona el exegeta McKenzie: "La presente actividad de Dios sólo puede ser atestiguada por las acciones del Espíritu. Si éstas no son reconocidas, no hay forma de que Dios que llegue hasta el hombre. Quien se niega a aceptar la obra del Espíritu hace que le resulte imposible reconocer la palabra y la obra de Dios" (11).

De esto se seguiría que quienes están dominados por el poder del mal serían los fariseos y doctores de la ley. Como dice Schmid: "Satan no puede, por medio de Jesús, expulsar a los demonios sin destruir, al mismo tiempo, su dominio sobre los hombres y buscar así su propio fracaso. Esta afirmación es de una evidencia tal, que el juicio de los escribas sobre las expulsiones de demonios realizadas por Jesús sólo puede explicarse como motivado por una absoluta ceguera espiritual" (o.c. 122).

Esta absoluta ceguera espiritual sería la que inspiró en los jefes una acusación tan absurda. ¿Y cuál sería la causa de esta ceguera? Bonnard lo explica adecuadamente: "como sucede con frecuencia, los fariseos intervienen cuando sienten que las multitudes se les escapan por la influencia que Jesús ejerce sobre ellas. La acusación teológica no es más que un



pretexto que apenas disimula a su sed de autoridad sobre el pueblo" (12). Ahí estaría el fondo de la cuestión: el demonio del poder, contra el que Jesús advirtiera a los suyos: "Saben que los que figuran como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes oprimen, pero no ha de ser así entre ustedes" (Mc. 10, 42-43). El demonio del poder demoniza todo intento de liberación del pueblo. Lo que es liberación del poder opresor (demoníaco) y por lo tanto manifestación del Espíritu de Dios lo acusa de subversión satánica.

PRESENTACION ACTUAL DEL PROBLEMA

Lo que llevamos dicho sobre el significado de la posesión satánica, que se hace evidente y salta cuando se anuncia y construye el reino de Dios se encontraría recogido y aplicado en nuestra época en un reciente artículo sobre "La curación de los endemoniados" (13) del renombrado exégeta Käsemann. Citaremos algunos párrafos que constituyen un excelente resumen y aplicación de lo que precede: "desde el momento en que el reino de Dios irrumpe en nuestra tierra, para cambiarla y poner de manifiesto que nuestra condición humana se halla en estado de posesión diabólica, todas las potencias que esclavizan al mundo se alzan en pie de guerra: Pilatos y Caifás, los fariseos y los saduceos, los escribas y las masas se tornan aliados y cómplices del proceso contra el Nazareno. Este proceso continúa hoy. Una fe bíblica que declarase sacrosanta cada palabra de la Escritura, si se abstuviese de pronunciarse en este proceso, no sería más que un factor de ceguera. Es decir, desde que el cristianismo ha sido públicamente reconocido y han surgido las Iglesias de masa, se ha entrado en un proceso sistemático de privatización del mensaje evangélico. Esto parece paradójico, pero es la característica de toda empresa religiosa: espiritualizar y privatizar el Evangelio; sacarle toda la virulencia con relación a las posesiones demoníacas en el orden político, económico y cultural; usarlo como remedio en el ámbito del psiquismo individual. Así las organizaciones que lo administran pueden gozar de libertad de movimiento" (o.c. 134-5).

"En una época en que se destinan centenares de millones no para combatir la miseria del mundo subdesarrollado, sino para preparar la guerra, ¿quién se atreverá a negar en serio la posesión diabólica? En nuestra sociedad de bienestar, en la que el deseo del éxito, del placer y

las riquezas esconde un miedo profundo que hace presa de los individuos cada vez que se les tocan sus privilegios para distribuir a los explotados y hambrientos lo que sólo es una miserable limosna (0,3 por ciento en Alemania!), ¿no manifiesta este miedo una posesión diabólica?" (o.c. 136).

"Los demonios y sus manifestaciones cambian de forma según las épocas, las circunstancias y los fantasmas de los hombres. Sin embargo, se da la curación de una posesión cada vez que las criaturas no viven, ni mueren para ellas mismas, sino que abren su corazón a su creador y a sus hermanos, cada vez que vuelven a encontrarse en compañía de aquellos a quienes están destinadas las bienaventuranzas y se dejan arrastrar al seguimiento del hombre de Nazaret hacia el futuro desconocido de su Señor, en la aventura de una humanidad que sigue siempre arriesgándose. En medio de un mundo lleno de tumbas, de fantasmas y de ídolos, ya hay un cielo abierto y una tierra abierta para acogerles" (oc. 136).

APLICACION A NUESTRO PAIS. UN CASO

Hoy en nuestro país también se da ese "estado de opresión sin salida aparente" que correspondería a lo que el lenguaje de la biblia designa como posesión del diablo. Para hacer presente el reino de Dios entre nosotros ciertamente tenemos que luchar contra el mal que cometemos y contra el mal que admitimos por connivencia. Necesitamos cambiar el corazón, sanear la fuente de nuestro querer y nuestros impulsos. Pero la lucha va más allá. Nosotros también podemos decir con Pablo que "nuestra lucha no es contra la carne y la sangre; sino contra las soberanías, contra las autoridades, contra los jefes que dominan en estas tinieblas, contra las fuerzas espirituales del mal" (Ef. 6, 12). Necesitamos liberarnos de nuestras pasiones y ayudar a los demás a que se liberen. Pero sobre todo es indispensable derrotar a las fuerzas que dominan en estas tinie-

blas, las que mantienen estructuras económicas, sociales, políticas e ideológicas opresoras!

Hoy en nuestro país se dan formas de opresión que restringen tanto la vida; la deforman de tal manera y siegan tan radicalmente la esperanza que podemos calificar de diabólicas. Hoy en nuestro país hay personas y grupos que no sólo resisten a esas fuerzas negándose a dejarse configurar por ellas, sino que luchan por derrocarlas para que la gente tenga vida y vida abundante (Jn. 10,10).

Hoy en nuestro país quienes dominan sobre el pueblo manteniéndolo en estado de sujeción y minoría, cuando sienten que las multitudes se emancipan de su control opresor saltan como en tiempos de Jesús y demonizan los intentos de liberación atribuyéndolos a espíritus malos. El nombre más común de esos espíritus diabólicos es el de comunismo o marxismo. Mentándolo tratan de confundir y espantar a la gente para retener su influencia e impedir que el pueblo se emancipe. Vamos a contar un ejemplo.

En un distrito montañoso del Estado Lara miles de familias campesinas vivían en una situación de miseria y de postración, en un estado de opresión sin salida visible. Un sacerdote tradicional y virtuoso en una labor abnegada de muchos años estimuló un proceso religioso que consiguió sanear el tejido social y dotar de sentido y de espacios de libertad a estos hombres. Se logró aquello que agudamente consignó Puebla: "El pueblo, movido por esta religiosidad, crea o utiliza dentro de sí, en su convivencia más estrecha, algunos espacios para ejercer la fraternidad" (P. 452). Eso se logró a través de un medio bien tradicional: La Legión de María. Pero el pueblo no se detiene en lo alcanzado. Y así se preguntaron sí, además de esa comunidad cristiana que habían forjado; Dios no querría que mejorasen sus condiciones de vida. Concluyeron que Dios quería efectivamente que vivieran mejor y se dedicaron con ahínco y disciplina a la tarea de lograrlo. Para que les ayuda-

ran acudieron a unos curas con experiencia y conocimientos sobre cooperativas y trabajo rural. El proceso marchó resueltamente. Tanto es así que a los pocos años constituyeron una asociación de unos 1.500 cafetaleros, todos pobres, solidarios, y con afán de mejorar. Es lo que añadía el texto citado de Puebla: "Y entre tanto no desespera, aguarda confiadamente y con astucia los momentos oportunos para avanzar en su liberación tan ansiada".

Pero con el éxito vinieron los conflictos. Los problemas internos por ahora son normales y se procesan en la marcha. Los problemas más fuertes vienen de fuera. Claro está que los contradictores tienen nombre y apellido, pero no actúan como tales sino como representantes de los poderes establecidos que viven de explotar a los campesinos y que se sienten afectados por su eventual liberación.

Estando así las cosas se reúnen gentes del partido de gobierno a deliberar sobre el caso. Unos dicen: los curas asesores son del mismo tipo que el padre Rutilio Grande y sus compañeros salvadoreños; para que no nos ocurra como allá hay que acabar con ellos. Otros opinan en cambio: los curas asesores son del MAS, vamos a ponernos de acuerdo con los adecos para cerrarles el paso.

Unos campesinos han mejorado evidentemente sus condiciones de vida y se han articulado. Pero este hecho no parece impresionar lo más mínimo a estos prohombres. No les importa examinar si los logros son buenos o malos, si es verdad que el hombre es efectivamente liberado. Sólo les importa con qué autoridad lo hacen. Si no son de ellos, deben ser eliminados.

No creemos necesario hablar de los que figuran como jefes de los pueblos y del buen pastor, ni de la ceguera espiritual, ni del demonio del poder. Gracias a Dios en una dependencia del gobierno aún valoran que la gente crezca y tenga más vida. Y por ahora la cosa sigue. "Quien tenga oídos para oír que oiga" (Mt. 13,9).

NOTAS

- (1) Contra este dualismo más o menos soterrado escribió H. Haag su libro, ya clásico, "El diablo" (Herder, Barcelona, 1970).
- (2) Sacramentum Mundi, t.2, p. 144.
- (3) K. Rahner, citado en S. M. 5, 509
- (4) X. Léon-Dufour (ed): Los milagros de Jesús. Cristiandad, Madrid 1979, 320-1.
- (5) Grelot: Los milagros de Jesús y la demonología judía, en Los Milagros de Jesús, p. 74.
- (6) K.H. Schelkle: Teología del N.T. Herder, Barcelona, 1977, Vol. II, p. 125-6.
- (7) Los milagros de Jesús 215-6.

- (8) J. Schmid: El evangelio según san Marcos, Herder, Barcelona, 1967, 121.
- (9) R. Schnackenburg: El evangelio según San Marcos. Herder, Barcelona 1973, t. 1, p. 95.
- (10) J. L. Segundo: Liberación de la Teología. Lohlé, Buenos Aires, 1975, 92.
- (11) Comentario Bíblico san Jerónimo. Ed. Cristiandad, Madrid, 1972, t. III, 221.
- (12) P. Bonnard: El evangelio según san Mateo. Cristiandad, Madrid 1976, 217.
- (13) Selecciones de Teología 78 (ab-jun 1981) 131-6.